

Primera aventura  
**EL NACIMIENTO DE LOS GEMELOS**

«Comencemos, pues, y cuando lleguemos al final de nuestra historia, sabremos más que ahora...»

Hans Christian Andersen, *La reina de las nieves*

En Bainoe, la bella capital de Babina, vivía antiguamente un humilde zapatero con su esposa. Una mañana, dos cachorros de perro irrumpieron en su taller. Le saludaron ladrando alegremente y meneando la cola y, a continuación, se lanzaron contra los zapatos que había esparcidos por todas partes.

–Pero ¡habrase visto! –gritó enojado el zapatero–. ¡Fuera de aquí!

Y los echó del taller.

A la mañana siguiente los perros regresaron ladrando y menenado la cola como la primera vez, y los volvió a echar.

Sin embargo, cuando entró en la cocina a mediodía, los perros estaban echados debajo de la mesa, comiendo juntos del mismo plato.

–Pero ¿cómo se te ocurre? –le dijo a su esposa–. ¿Estás dando de comer a estas fieras? Me han interrumpido dos veces mientras trabajaba. ¡Échalos de inmediato!

–¡Son tan mansos! –respondió su esposa–. ¿Y has visto lo flacuchos que están? Deja que se queden. Se han encomendado a nosotros.

—Imposible —contestó el zapatero—. Somos pobres y pronto tendremos un hijo. No podemos permitirnos mantener a dos perros.

—Siempre hay sobras con las que podrían alimentarse —dijo su esposa—. Y, además, pueden vigilar nuestra casa. Vamos, no seas así, deja que se queden.

—¡Lo dices sin duda porque tenemos mucho que vigilar! —replicó el zapatero.

Pero como su esposa no cejaba en su propósito, finalmente accedió, pues en el fondo era tan bondadoso como ella.

De este modo se convirtieron en los amos de dos perros, que, si bien les daban mucho trabajo, también les reportaban muchas alegrías.

Una semana más tarde el zapatero encontró una cesta delante de la puerta de su casa. En ella había dos gatitos que maullaban lastimosamente.

—No necesitamos a estos mininos —le dijo a su esposa—. Los ahogaré en el río.

—¡Ay, no, por favor! —suplicó su esposa—. Apenas han abierto los ojitos. ¡Son tan monos! Deja que nos quedemos con ellos.

—¡Ni hablar! —gritó el zapatero—. Somos pobres y pronto seremos padres. Además, ya tenemos dos perros.

—Los gatos apenas comen —dijo su esposa—. Y pueden cazar ratones.

El zapatero volvió a acceder y, así, se convirtieron en los amos de dos perros y dos gatos. Aquello les supuso algunas dificultades, pero, al mismo tiempo, los dos se sentían felices en compañía de los animales.

Un tiempo después, el zapatero se hallaba precisamente trabajando en el taller, cuando dos palomas entraron volando por la ventana y se posaron en sus hombros.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó—. Tengo ya dos perros



y dos gatos. Y en uno o dos días nacerá mi hijo. ¡Vamos, fuera de aquí!

Pero las palomas no se movieron.

«Bueno, ¡una paloma asada debe de estar de rechupete!», pensó el zapatero. En ese mismo instante, las palomas alzaron el vuelo. El zapatero salió del taller corriendo tras ellas e intentó atraparlas, pero ellas agitaron las alas y se posaron sobre el tejado de la casa.

—Está bien, podéis quedaros ahí —dijo el zapatero.

Volvió a entrar en la casa y le contó a su esposa que había dos palomas posadas en el tejado.

—No debes comértelas —dijo su esposa—. Han venido a ti por su propia voluntad y nos traerán suerte.



—Dos perros, dos gatos y dos palomas —susurró el zapatero—. ¿Qué otra dicha nos aguardará?

Su pregunta fue respondida a la siguiente noche, pues su esposa dio a luz una pareja de gemelos, dos chicos sanos y fuertes.

—¡Vaya! —exclamó el zapatero a la siguiente mañana al levantarse de la cama en la que su esposa reposaba, cansada y feliz, con un niño en cada brazo—. El nacimiento de nuestros dos hijos ya se nos había anunciado a través de acontecimientos insólitos. Nuestros hijos serán, con certeza, unos niños muy especiales.

Los chicos fueron bautizados con el nombre de Laurenzo y Giacomo.

—No tenemos dinero para celebrar el bautizo —dijeron los padres—, pero podemos hacerles un regalo. Cada uno recibirá un perrito, un gatito y una palomita. Sin duda, ahora somos una familia simpática y divertida.

*Laurenzo y Giacomo se criaron estupendamente y los dos se parecían como dos gotas de agua o dos granos de arena.*

*Cuando recorrían juntos las calles de Bainoe, seguidos por sus perros, las palomas posadas en los hombros y llevando los gatos en los brazos, nadie era capaz de distinguir quién era uno y otro. Sólo sus padres podían diferenciarlos, si bien no por su aspecto físico sino por su conducta.*

*Los hermanos eran inseparables y disfrutaban felices de la vida. Eran pobres, pero ¿qué chico tiene, además de un perro, un gato y una paloma, un gemelo con quien jugar a los juegos más divertidos? ¿Y dónde se podía jugar mejor que en los callejones estrechos y torcidos de Bainoe, en la gran plaza que había frente al palacio real o en las praderas soleadas fuera de las murallas?*

Segunda aventura  
**EN LA ESCUELA**

«Eres exactamente igual a mí, pues llevas las mismas ropas y a los dos nos siguen los mismos animales.»

Hermanos Grimm, *Los dos hermanos*

La vida de los gemelos transcurría feliz y alegremente. Pero llegó el día en que su padre los reunió y les dijo:

–Escuchadme con atención. Ya tenéis casi siete años y es hora de que aprendáis algo. No puedo daros riquezas, pero sí ocuparme de que aprendáis a leer, escribir y hacer cuentas. Será algo que nunca os podrán arrebatarse. Mañana iréis a la escuela, al Monasterio Pardo.

Laurenzo y Giacomo le lanzaron una mirada llena de reproches. ¿A la escuela? ¿Y dejar de hacer diabluras y de jugar todo el día?

Algunos de sus amigos habían comenzado hacía poco también a ir a la escuela y se pasaban sentados en un banco de madera todo el día, encerrados como pájaros en una jaula.

–¡Oh, padre, no, por favor, por favor! –suplicaron los dos a la vez.

El zapatero los miró con ademán serio:

–Ya sois mayores para comprender que ir a la escuela es bueno para vosotros. En un futuro os alegraréis de haber aprendido algo, incluso más que yo.